

Muriel Villanueva i Perarnau
Escritora
muriel@poal.org

Resumen

Lo confieso: Pertenezco a una familia homoparental, reunificada, y con hijas adoptivas de origen asiático. Resumiendo, con dos años y tras el divorcio de mis padres, me quedé a vivir con mi madre, que poco después encontró una pareja de su mismo sexo. Años después adoptaron dos niñas. Del inicio de esta historia hace veintiocho años. Hace diez días se cumplió el primer aniversario de la boda de mis madres.

Ha habido muchos cambios en nuestra situación familiar y en la mía en particular, como hija. Me refiero a cambios sociales y personales, y una inevitable mezcla de los dos. Porque han avanzado el calendario y la historia mientras yo crecía y maduraba. Por eso mi situación personal no se repetirá ya nunca. Por suerte.

Pero nada de victimismos ni dramatismos. He sido una niña feliz, con las mismas y más oportunidades que cualquiera. No creo que todo el mundo pueda decir lo mismo. Y no creo en absoluto que vaya ligado al modelo familiar (que hay muchísimos) en que se haya vivido. Mi primera familia (la llamo así porque mi familia ahora somos mi compañero y yo, y la familia que pensamos formar, evidentemente) era y sigue siendo una familia normal. Parece obvio e inútil el pronunciarlo, y por eso me da tanta rabia tener que repetirlo una y otra vez, pero es que la vida me ha demostrado que no es tan fácil de creer. Hubo un tiempo en que acabé por no creérmelo ni yo.

Yo crecí en el silencio. El silencio como coraza, como cristal, como escudo. En el no poder hablar de mi familia distendidamente. Decir que no fue fácil es una tontería. Otra obviedad descriptiva que todos los que hemos pasado la infancia entendemos sin explicación. Pregúntense ahora quién me impuso el silencio, si mi familia o una opinión pública mayoritaria condicionada por la ley, la norma, la iglesia, el qué dirán, etc.; la respuesta es muy sencilla. De puertas para adentro la calma, la risa y la niña de la casa. De puertas para afuera la niña demasiado madura con mirada de adulta. Claro. Porque llevaba en la mirada gravado con fuego que "Vosotros no lo entenderíais".

Después el silencio dejó pasó a la palabra, y la palabra era "madres". La adolescencia me trató muy bien. Di con amigos progresistas que tenían padres aún más progresistas y que aplaudieron mis confesiones con interjecciones de alucine: me convertí en la más moderna. Desde entonces vivo con el miedo de "A ver que cara pone este cuando se entere", eligiendo a quien se lo digo y a quien no, y con la rebeldía creciente de que cada vez me da más igual. Estoy harta. Harta de cargar un peso que no es mío.

Tras años de espera, al final tuve una primera hermana. Y después otra. Los términos legales, un lío, se los ahorro. Pero resumiendo: que no eran mis hermanas, vaya. Y que si mis madres tenían una cobertura legal nula, las niñas, en cuanto a menores, muchísimo peor. Un sufrimiento para mis madres, que se liaron a hacer testamentos legalmente inútiles para plasmar sus buenas intenciones y quedarse en manos de la buena voluntad de los jueces, si llegaba lo peor. Para que digan que no hacían falta cambios. Sin embargo, me animó mucho observar la situación social de mis hermanas. En seguida me di cuenta de que no estaban en la situación en que yo me había encontrado a su edad. La palabra llegó antes y el silencio duró poco. Aunque fuese con cuidado y secretismo, la palabra se abrió paso.

En mi estupenda salud mental actual, que según como se mire podría estar muy venida a menos, se han vertido diversos factores: el primero de todos es la firmeza, el valor y el convencimiento de mis madres en aquello que estaban haciendo; el segundo, mi forma de ser, mi autoestima y mi fuerza personal, quizás inherente, adquirida, inculcada o qué sé yo; el tercero, mi conocimiento de la situación familiar y social desde el principio; y el cuarto, la traca final: la nueva ley.

Después de toda una trayectoria de salida del armario discreta y sin hacer ruido, la ley me ha dado un nuevo impulso. Me siento cambiada de bando: ahora pertenezco al bando fuerte. Me da por pensar:

"Ahora que se escondan los otros, que son los que van contra la ley". Yo no soy muy de leyes, al contrario. Pero esta ley es fruto de mucha lucha y hay que aplaudirla. Con esta no me queda más remedio. Porque me ha casado a las madres y me hizo llorar con la alegría más grande mi vida. Porque le ha puesto mi apellido a mis hermanas. Porque me ha dado valor para escribir un libro y para escribir estas palabras. Que tontería, ¿no? Una ley. Cuatro palabras. El poder de las palabras. Hay que ver.

Pues sí, una sola y sencilla ley (o al menos el debate social generado, el hecho de que el tema dejase de ser algo inefable) me ha liberado un poco más.

Ahora me da risa, pero entonces fue mucha rabia la que me dieron los que hablaban como si nuestra realidad no existiera, como si al permitirse, con la ley, se generase una nueva realidad indeseable. No se trataba de eso. Se trataba de normalizar la realidad y de dar cobertura legal a una situación existente que llevaba demasiado tiempo desprotegida.

Bien. Ahora se ha dado un paso hacia el cambio y es positivo. Pero una ley no nos cambia a todos. Por eso debemos tener en cuenta que la principal responsable de la entereza emocional de un niño siempre será su familia. Eso la responsabiliza. Pero a la vez le da fuerza. Porque piensen lo que piensen los de fuera, si la familia camina a paso firme, el niño será fuerte. Así que nada de miedos.

TO BE THE DAUGHTER OF LESBIANS. THE HOMOPARENTAL FAMILY FROM THE CHILD'S POINT OF VIEW

Abstract

I confess: I belong to a homoparental, reunified family, with asian adopted daughters. Summarising, at the age of two and after my parents' divorce, I lived with my mother, who a little later found a partner of the same sex. Years after they adopted two little girls. That was 28 years before the start of this story. My mothers' first wedding anniversary was 10 years ago.

There have been many changes in our family situation and in mine, in particular, as a daughter. I am referring to the social and personal changes, and an inevitable mixture of the two. Because the calendar and history have advanced while I grew and matured. Therefore my situation will never be repeated, fortunately.

But no victimism nor dramatism. I have been a happy child, with the same and more opportunity than anyone. I don't think that everyone can say that. I do not think that this is linked to the family model one lives in (and there are many). My first family (to call it such as my family is my partner and I, and the family we intend to form, obviously) was and still is normal. It seems obvious and useless to state that, and therefore I am angry at having to repeat it over and over again, but the thing is that life has shown me that it is not so easy to believe. At one time I even ended up by not believing it either.

I grew up in silence. Silence like an armour, like glass, like a shield. No being able to talk about my family in a relaxed way. To say it was not easy is silly. Another obvious description that all of us who have experienced infancy understand without an explanation. Ask now who imposed the silence on me, if it was my family or a majority public opinion conditioned by the Law, the norm, the church, the "what will they say?" etc.; the answer is simple. Indoors, peace, the overmature little girl with an adult's eyes. Of course. Because I looked with eyes etched with fire of "you wouldn't understand".

Afterwards the silence gave way to the word which was "mothers". Adolescence treated me well. I met up with progressist friends who had even more progressist parents and who applauded my confessions with fascinating interjections: I became the most modern. Since then I have

lived with the fear of “I wonder what expression this one will make when he finds out”, choosing who I was going to tell or not, and with growing rebellion with each time I care less. I am fed up. Fed up of carrying a load that is not mine.

After many years of waiting, I finally had my first sister. And then another one. I will save you the legal terms, a muddle. But in short: well they weren't my sisters, well I mean. And if my mothers had nil legal cover, the girls, being minors, even worse. Suffering for my mothers, who involved themselves in making useless legal wills to record their good intentions and end up in the hands of the Judges' good will, if the worst was to come. And then people say that there is no need for change. However, I was encouraged a lot by observing my sisters' social situation. I immediately realised that they were not in the same situation as I had been at their age. The word came first and silence didn't last long. Although it was with much care and secrecy, the word opened the way.

In my stupendous present mental health, which according to one's point of view could have declined, several factors have played their part: first of all, is my mothers' firmness, valour and sureness in what they were doing; secondly, the way I was, my self esteem and my personal strength, perhaps inherent, acquired, imbibed or whatever; thirdly my knowledge of the family and social situation right from the beginning; and fourthly the final cracker: the new law.

After a whole course of coming out of the wardrobe discreetly and quietly, the law has given me a new impulse. I feel as if I have changed sides: Now I belong to the strong side. It makes me think: “Now let the others hide, who are the ones who are going against the law.” I'm not very much for laws, rather against. But this law is the fruit of much struggle and must be applauded. I can't avoid this one because it has married my mothers and made me cry of the greatest happiness in my life. Because it has given my sisters my surname. Because it has given me the courage to write a book and to write these words. How silly, isn't it? A law. A few words. The power of the word. What do you know!

Well yes, a single and simple law (or at least the social debate generated, the fact that the topic has stopped being ineffable) has liberated me a little more.

Now it makes me laugh but before it made me angry to hear those who spoke as if our reality did not exist, as if permitting it, with the law, a new undesirable reality was generated. It didn't mean that. It was to do with normalising a reality and giving legal cover to an existing situation that had been unprotected for too long.

Right. Now a step has been taken towards change and it is positive. But a law does not change everyone. For that reason we must bear in mind that the main thing responsible for the emotional stability of a child will always be the family. That makes it responsible. But it gives it strength. Because, no matter what other people think, if the family walks with a firm step, the child will be strong. And so, no fears.